

con los tiernos recuerdos de este día, estiende su vista á la antigüedad de los tiempos, compara las épocas, nota sus diferencias, ve lo que fuimos, esclavos encorvados bajo la coyunda de la servidumbre, mira lo que empezamos á ser, hombres libres, ciudadanos, miembros del estado con accion á influir en su suerte, á establecer leyes, á velar sobre su observancia, y al formar este paralelo sublime esclama enagenado de gozo: ¡oh día, día de gloria, día inmortal: permanece grabado con caracteres perdurables en los corazones reconocidos de los americanos! ¡Oh día de regeneracion y de vida!

Inesperadas dichas, imprevistas adversidades, pérdidas sucediendo á las victorias, triunfos llenando el vacío de las derrotas: la nacion elevada hasta la altura de la independenciam, descendiendo luego al abismo de su abyecto estado: ayudada de su primer esfuerzo por la influencia protectora de la fortuna, abandonada despues de esta deidad inconstante, enemiga de la virtud y compañera del crimen: subiendo paso á paso, desde el ínfimo grado del abatimiento hasta la excelsa cumbre en que hoy se halla colocada magestuosa y serena. He aquí, americanos, el cuadro prodigioso de los acaecimientos que en el transcurso de dos años han formado la escena de la revolucion, cuya historia va á trazar con suscinatas líneas vuestro congreso nacional.

Dáse en Dolores un grito repentino de libertad: resuena hasta las estremidades del reino, como el éco de una voz despedida en la concavidad de una selva: agitándose los ánimos, reúnen se en crecidas porciones para hacer respetable la autoridad de sus reclamaciones: ven los pueblos el peligro de su situacion, conocen la necesidad de remediarla: júntase un ejército que sin disciplina y pericia espugna á Guanajuato: supera la oposicion de Granaditas: toma la ciudad, donde es recibido con aclamaciones de júbilo, y marcha victorioso hasta las puertas de la capital. Empeñase allí una porfiada pelea: triunfa la inesperienza de la sagacidad: el entusiasmo de una multitud inerme contra la arreglada union de las filas mercenarias: corona la victoria el heroismo de nuestros esfuerzos, y los escuadrones enemigos en pequeños miserables restos buscan el refugio de los hospitales para

curar sus heridas. El campo de las Cruces queda por los valientes reconquistadores de su libertad, que tan indignados contra el tiránico poder que los obliga á derramar su propia sangre, como deseosos de economizarla, suspenden sus tiros mortíferos á la vista de las insignias de paz y de concordia divisadas en el campo de los contrarios para herir con este ardid alevoso, á mas, usado entre bárbaros, á quienes no pudieron rechazar con la fuerza de sus armas. Sobreponense sin embargo las disposiciones de fraternidad á los excesos del furor en que debió precipitarnos tan salvage felonía, y los medianeros de la conciliacion enviados con temor y desconfianza, se presentan á los vencidos á proponer y ajustar un tratado que restituyese la tranquilidad, y asegurase la armonía. Este paso de sinceridad fué despreciado, desatendidas nuestras propuestas, mofadas irrisoriamente, y respondidas con insulto y provocaciones irritantes. Cansados en fin, de hablar sin esperanza ya de ser oídos, fué la intencion pasar adelante, y sacar de aquel triunfo por el medio de la fuerza todas las ventajas que ofrecia á unos y á otros el de la razon y la dulzura: mas la incertidumbre del estado de la capital, la inaccion de sus habitantes obligados por la tiranía á encerrarse en lo interior de sus moradas, el justo temor de los desórdenes á que se hubiera entregado una muchedumbre embriagada en su triunfo, é incapaz todavía de sujecion á una autoridad naciente, hace retroceder el ejército, y se reserva para sazón mas oportuna la decisiva entrada de la corte.

Este movimiento retrógrado, es mirado por diferentes aspectos segun la intencion y capacidad de los censores: la determinacion empero de alejar el grueso de nuestras fuerzas de aquel punto, es llevada al cabo y conducido á Guadalajara el ejército de las Cruces. Allí despues de conocida en la infortunada refriega de Aculco, la necesidad del orden, se empieza la organizacion, la disciplina, la subordinacion y arreglo del soldado. Todas las preparaciones se aprestan, todas las disposiciones se toman para recibir la division enemiga del centro, que al mando de Calleja marchó á dispersarnos, y concluir sin los preparativos: descarga el ímpetu de diez mil hombres armados contra el débil estorbo

de seiscientos soldados visoños que resistieron con esfuerzo increíble un choque en que el valor estuvo de su parte, aunque tuvieron en contra la fortuna. Trábase la lid y el Puente de Calderon defendido con heroísmo, es vencido por los contrarios que se abren paso por él para entrarse á la ciudad.

Verificose en efecto la entrada y la dispersion de la tropa que fué su consecuencia infausta: precipita la salida de los generales, que superiores al maligno influjo de su estrella, caminan con la imperturbable serenidad de los héroes á refugiarse á las provincias remotas de lo interior, donde abandonados á la malhadada suerte que es el distintivo de las almas grandes, son aprehendidos con vileza por los caribes de aquel rumbo.

Parecia que la Providencia queria poner nuestra constancia á una prueba terrible y dudosa, y que el edificio del estado conmovido y debilitado con tan violentos vaivenes, iba ya á desmoronarse y quedar sepultado en sus mismas ruinas, cuando una invisible fuerza detiene su amenazante destruccion y suscita nuevos campeones que reparan las pérdidas, hacen revivir el espíritu amortiguado del pueblo, y lo conducen por el camino de los sacrificios al término de la victoria. Las reliquias del fugado ejército de Calderon, parte sigue á los generales, parte se reune bajo la conducta de un caudillo que fué en aquella época la única firmísima columna de la insurrección. Este triunfa de Zacatecas, recibe la batalla memorable del Maguey y la jornada de los Piñones, en que oprimido el soldado de necesidades mortíferas, vió perecer al rigor de la sed algunos de sus compañeros, prepara los gloriosos acaecimientos de Zitácuaro. Esta villa es dos veces el teatro de nuestros triunfos, y quince fusileros protegidos de inexpertos guerreros con la anticuada arma de la honda, vencen la táctica del dia, diestramente dirigida por sus científicos contrarios. Torre perece con su division; la de Emparan es rechazada por un número de hombres diez veces menor, sin que de la intrépida del primero haya libertádose uno que diese al cruel gobierno noticia de esta catástrofe. Por todas partes se dejan ver los trofeos del vencimiento, en tanto que el esforzado Villagran, posesionado del Norte, acomete sin interrupcion las

reuniones de esclavos que infestan su demarcacion, intercepta convoyes, obstruye la comunicacion al enemigo, y lo hostiliza incessantemente con la lentitud mas funesta. Por el Sur el bizarro, valeroso é invicto Morelos, todo lo sujeta con suave violencia al imperio de la razon, todo lo domina, todo lo arregla y consolida con indecible rapidez, consiguiendo tantas victorias cuantas batallas da ó recibe.

Mientras nuestras armas hacen por estos rumbos tan rápidos y brillantes progresos, los vencedores de Zitácuaro se aprovechan de sus triunfos, aumentan la tropa, la inspiran el espíritu de disciplina y obediencia, y se concibe y ejecuta allí el proyecto mas útil, mas grandioso y necesario á la nacion en sus circunstancias. Erígese una junta que dirige las operaciones, organiza todos los ramos de un buen gobierno, y da unidad y armonía al sistema de la administracion inevitable para precaver los horrores de la anarquía. Al punto es reconocida y respetada su autoridad, y los pueblos enteros acuden ansiosos á sancionar con su obediencia la instalacion del congreso. Prepárase entonces el ataque de aquella villa insigne, primer santuario de la libertad, y sus heroicos vecinos se deciden á resistirlo y escarmentar la osadía de los agresores. Acércanse á probar fortuna: acometen furiosos, animados del espíritu maligno de Calleja: dase la señal del combate, y sus tropas superiores en número, superiores en pericia y armas al corto número de los nuestros inermes é indisciplinados, experimentan el valor de hombres libres, y tienen que llorar el efimero triunfo de su desesperada intrepidez y audacia. Profanan aquel magestuoso recinto consagrado á la inmortalidad de los héroes, y el hierro y el acero todo lo sacrifican á la implacable venganza del opresor: se incendia, se le despoja del patrimonio de sus tierras, y sus infelices habitantes, unos son cruelmente arcabuçados, y los mas proscritos ó desterrados.

Esperábase ver concluida esta escena sangrienta para descargar sobre las fuerzas reunidas del Sur, las del bárbaro ejército del centro. Marcha á la lucha engreido del reciente triunfo, y principiase el asedio memorable de las Amilpas. Setenta y cinco dias dura este, cuyo éxito feliz llena de gloria á Morelos y de

confusion á su enemigo. Disminuida y debilitada su gente, proyecta levantar el sitio, cuando el estado de hambre y peste á que el pueblo estaba reducido, hace prolongarlo en la esperanza de rendir á sus defensores. Frústrase este designio: el general, estrechamente cercado, rompe una doble línea, y sale magestuoso por enmedio de los sitiadores sobrecogidos de terror á la presencia de una accion casi sin ejemplo en los fastos de la milicia.

Vuelve burlado á México el risible ejército de Calleja: abdica el mando ó se le despoja de él: cambia el aspecto de las cosas: ya todo es prosperidad, todo aumento para nuestras armas. Empréndese el sitio de Toluca, cuya plaza cercana á rendirse, es abandonada por la falta de pertrecho consumido en multiplicadas luchas, todas gloriosas, si se atiende á que los medios de la agresion fueron increíblemente desiguales, á los de la defensa y resistencia. Lerma batida de superiores fuerzas vence honrosamente, sale de allí triunfante nuestro pequeño ejército, que reunido al de Toluca parte á Tenango, donde se prepara á nuevos combates.

Dudábase entonces si convendria empeñar el que se disponia á darnos, ó hacer una retirada que sin comprometer el decoro de la nacion, la pusiese á cubierto de los contratiempos que se seguirian de la derrota probabilísima que debia sufrir acometida por una potencia cien veces mas ventajosa que la de trescientos fusiles que guarnecian la plaza. El deseo de vencer hace abrazar el último partido: resuélvese corresponder al entusiasmo de la tropa, que impaciente y valerosa aguarda al enemigo: avistanse los combatientes: el valor de pocos repele la audacia de muchos. Cuatro dias de gloria, en que fué siempre repelido Castillo Bustamante, no impide el avance de su infantería por el punto menos fuerte del cerro, cuya extensa circunferencia no pudo ser cubierta de nuestra poca tropa. Vencido, pues, el obstáculo que oponia aquella eminencia á la rendicion del pueblo, se medita libertarlo de la rapacidad de los bárbaros, y se ordena la retirada á Sultepec. Mientras se efectúa esta, los infelices prisioneros y cuantos su mala suerte puso á discrecion del vencedor, fueron inhumanamente inmolados á la crueldad del

despechado Bustamante. Cometiéronse excesos de todo género, y el desgraciado Tenango es el teatro de atrocidades inauditas. El inocente infante, el venerable anciano, la muger respetable por la fragilidad de su sexo, y lo que es mas, lo que no puede decirse sin dolor y sentimiento de la religion que profesamos, los ministros del santuario, los unguidos del Señor elevados sobre la esfera de lo mortal, sufren la muerte mas bárbara que han visto los tiempos, y clavados á las bayonetas sirven de trofeo á la victoria.

La junta ya refugiada en Sultepec prevee las consecuencias de este infortunio: cree como indudable que al saciarse la saña de los caribes con la desolacion de Tenango, vendrian á invadir á Sultepec indefenso y desprevenido: este fundado recelo hace emprender la retirada, no á punto determinado, sino á los diversos lugares que se decretó visitar por los individuos del congreso para imponerse del estado de las poblaciones, y remediar sus necesidades. Las ventajas de esta medida se están palpando en los multiplicados ataques que diariamente se dan con aumento de crédito y valor en nuestra tropa. En solos tres meses repuestos ventajosamente hemos arrancado al enemigo en los gloriosos encuentros de las cercanías de Páztcuaro, Salamanca y pueblo de Jerécuaro, mas de cuatrocientos fusiles, y disminuido los recursos de nuestros opresores en el considerable descalabro que han sufrido del convoy que conducian á Guadalajara.

Tantas prosperidades, despues que tantos desastres y vicisitudes tan contrarias nos han enseñado á ser pacientes en la adversa, y moderados en la buena fortuna, no las miramos con los ojos de la ambicion, que refiriéndolo todo al acrecentamiento de la grandeza á que aspira elevarse, desprecia la sangre de los hombres, y escucha con insensible frialdad los quejidos de los moribundos tendidos en el campo de batalla. No, americanos, los pensamientos de paz nunca están mas profundamente grabados en nuestros corazones, como cuando la victoria corona la constancia de nuestras tropas, y forma un héroe de cada uno de nuestros soldados. Entonces brindamos con la union á nuestros tiranos, envainamos la espada que pudiera destruirlos, y dejamos

ver nuestras manos triunfantes con un ramo de oliva que los llama á la amistad, y con ella á su conservacion. Si la guerra prolonga nuestros males, y multiplica los estragos de la desolacion, culpa es del gobierno que oprime nuestra patria; es de esa manada envilecida de esclavos, que ya con las armas, ya con sus plumas dignas de tal causa, adulan su capricho, hacen que se crea invencible señor de nuestros destinos, y como padre del Olimpo, capaz de reducirnos á polvo con una sola mirada de indignacion y de cólera. De aquí la pertinacia en continuar la guerra, de aquí el menosprecio de nuestras propuestas, de aquí el frenesí de apodarnos con denuestos groseros é inciviles, cuando débiles é impotentes provocan nuestra venganza é irritan nuestro sufrimiento. Este, contenido siempre en los límites de la moderacion que distingue nuestro caracter de la arrogancia, ó mas bien, de la altivez española, es acusado de inerte y apático, de indolente y desalentado. Mas fieles á nuestros principios filantrópicos y humanos, nos honramos con esta nota de que no intentamos vindicarnos, porque los epítetos de crueles y bárbaros, que subrogarian á los otros nos ofenderian tanto mas, cuanto que siendo peculiares á la conducta observada de nuestros enemigos se confundiria nuestra civilizacion con su barbarie, nuestra compasion con su dureza, la ferocidad de su índole con la dulzura y suavidad de la nuestra.

Vióse resaltar vivamente este contraste el dia en que con aparato ignominioso fueron entregados á las llamas por mano de verdugo los planes de paz á que la nacion convidaba á sus vacilantes opresores. Agravio tan injurioso, jamas recibido por ningun pueblo, es el mayor que tiene que vengar la América, entre los innumerables con que ha sido vilipendiada su dignidad y ajado su decoro. Un gobierno repugnado de la nacion, ilegítimo por esta circunstancia, contrapuesto á todos los principios que deben regirnos en la situacion en que se halla la metrópoli: un gobierno sin fé, sin ley, sin sujecion á ningun poder que modele sus operaciones, independiente la autoridad de las mismas cortes en quienes solo conoce la soberanía para ultrajarla con la contravencion á todos sus decretos: ¿este se atreve á llamar rebelde

á una congregacion que le habla á nombre de todo un reino el language de la paz y la urbanidad, y arroja á las llamas los escritos en que está consignado el depósito sagrado de la voluntad general? ¡Qué audacia! ¡qué atentado! No lo olvidéis jamas, americanos, para alentar vuestro valor en las ocasiones de peligro. Si cobardes ó perezosos cedemos á la fuerza que quiere subyugarnos, en breve no habrá patria para nosotros, seremos despojados de la investidura de la libertad, y reducidos á la triste condicion de los esclavos. ¿Qué esperanza puede aun tenernos ligados á un gobierno cuya conducta toda es dirigida del deseo de nuestra ruina? Redoblad vuestros esfuerzos, invictos atletas que combatís la tiranía, salvad vuestro suelo de las calamidades que le amenazan, sed la columna sobre que descansa el santuario de su independencia; animaos á la vista de los progresos hechos en solos los dos años, sin tener armas, dinero, repuestos, ni uno siquiera de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos, la nacion, llena de magestad y grandeza camina por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento.

Palacio nacional de América, setiembre 16 de 1812.—*Lic. Ignacio Rayon*, presidente.—*José Ignacio Oyarzaval*, secretario.

CONTESTACIONES DE LICEAGA Y RAYON.

Mal de mi grado, y solo por obedecer la ley de historiador vuelvo á tomar el hilo de las desagradables ocurrencias tenidas entre los vocales de la junta de Zitácuaro: es preciso hacerlo así y obrar con imparcialidad. Para lograrlo necesito retroceder á los meses de octubre y noviembre del año anterior, época en que el virey Venegas procuró intrigar con el gobierno americano para sacar de él algun partido que le aliviase en la critica sazón en que se hallaba, como dije en la Carta 17 de la primera edicion, que suplico á V. tenga á la vista cuando lea esta.

Aunque el general Rayon como presidente de la junta llevaba la voz de ella, y estaban separados temporalmente sus miembros, en los negocios árdulos nunca se decidia por sí solo, sino que oía á sus compañeros. Consultóles sobre el modo de conducir-

se en este que era importantísimo, y sobre él respondió el general Liceaga del modo siguiente.

„Mi estimado compañero y amigo: el asunto gravísimo contenido en los pliegos, exige una meditacion mas profunda que la que he podido prestar en las pocas horas que he podido responder sin noticia circunstanciada de las personas intermedias que lo promueven, del verdadero motivo que lo provocó, y de una multitud de incidentes que comprende sin arbitrio de hablar con nadie que tenga la mas mínima sospecha, ni poder desenvolver infinitas dudas que se ofrecen á cada paso; sin embargo diré lo que me ocurre digno de la mas seria discusion despues de haber sentado algunos principios incontestables.

En primer lugar, el abrir una negociacion, cualquiera que sea el resultado, no puede menos que ser de mucha utilidad para nuestra causa, la cual se elevará á un grado de concepto mas ventajoso y universal que el que hasta ahora ha tenido, luego que el público vea que aquel mismo gobierno déspota y tirano que no habia querido hablarnos sino con la punta de la espada, encorva ahora su orgullosa cerviz á solicitar las capitulaciones: serán infinitos los comentarios que sobre esto haga el pueblo, al ver que la causa de los americanos no estaba tan desesperada como intentaban persuadir nuestros opresores; y discurrendo por principios análogos á su falta de caracter, creerán firmísimamente que la victoria está ya declarada por nosotros, sea por razon de alianza muy vulgarizada de los anglo-americanos †, ó porque juzgue que España sucumbió enteramente, ó por otros motivos; y esto era puntualmente lo que le faltaba para rasgar el velo y desplegar los resortes de su energia, enmohecidos con el terror, y envueltos entre los temores de fatales resultas.

En segundo lugar, el armisticio ó cesacion de hostilidades nos proporciona arbitrios para nuestras medidas y disposiciones ulteriores, y suficiente tiempo para prepararnos á un nuevo orden de cosas que la combinacion y sucesos de este continente con los

† Así se creyó en aquellos dias, y era de esperar por las ventajas reciprocas que resultarían á estos dos pueblos; mas no hubo el menor auxilio: el particular que lo dió fué por especulacion: fiar en Dios, y en nuestros puños. ¡Excelente máxima!

de Europa debe producir indefectiblemente dentro de pocos dias.

En tercer lugar, es necesario hacer desear al virey esta capitulacion, y estrecharlo á aguardar el parecer de todos los señores vocales y de los primeros gefes de la nacion, haciéndoles ver que la suerte de la América no está depositada en las manos de un solo individuo, y que aunque nuestro gobierno es naciente, tiene sin embargo cierto orden y alguna sombra de corporacion.

En cuarto lugar, es indispensable publicar estas gestiones, no solo para comprometer á Venegas, y poner en espectacion á todo el reino, sino principalmente para que la suprema junta pueda sincerar sus operaciones á los ojos de nuestras tropas, y de una infinidad de gentes que sospechan de traicion en cualquier movimiento, cuyo objeto ignoran.

Sentados estos principios, para descender á la negociacion debe cuestionarse ante todas cosas, si la nacion está en estado de insistir en su primer objeto de independencia absoluta, por la que se han hecho tantos esfuerzos y derramado tanta sangre; ó si desentendiéndose de ella debe ceder á los deseos de pacificacion y admitir en parte ó en todo el plan remitido de México con las alteraciones que se juzguen convenientes, quedando la América ligada á España con la misma dependencia que antes por medio del reconocimiento á las cortes, y contentándose con echar los cimientos de una libertad condicionada para el caso de que sucumba la España, dejando vivos los principios de opresion en el despotismo de los europeos. Para lo primero, ténganse presentes estos postulados.

Si en tiempos mas angustiados en que contábamos con poca gente y armas, cuando no teniamos un primer móvil de nuestras operaciones, ni reconociamos un gobierno, se mantuvo fuerte la nacion arrostrando al enemigo, ¿podrá en la actualidad sostenerse hasta llevar al cabo sus justas pretensiones en toda su estension?

Si la muerte de España nos afianza sin contradiccion la total independencia á que aspiramos, ¿será cordura anticiparnos á poner restricciones á nuestra libertad, volviendo á enlazarnos con los europeos por no aguardar un poco de tiempo hasta lograrla

á nuestra satisfaccion? Estando para espirar España ¿no deberemos cooperar á que dé la última boqueada, sustrayéndole todo auxilio de vida con solo mantener la guerra, puesto que sobre sus ruinas se ha de erigir nuestra verdadera felicidad? Teniendo un apoyo vigoroso en la alianza con los anglo-americanos, ¿será prudencia desaprovecharlo?

Por lo que toca á lo segundo, ocurren tambien infinitos problemas que resolver. Aunque los celos y rivalidades han influido en los movimientos del reino, la principal causa ha sido el conocer que desde el trastorno del trono todas las autoridades son arbitrarias é ilegítimas, y por tanto mientras exista este conocimiento, es inútil el plan para borrar celos y disensiones: lo es tambien para hacer concebir á la nacion la mas íntima confianza de un solo gachupin que permanezca con la menor intervencion en el gobierno, y para calmar las agitaciones del pueblo, que formando la idea que debe de los principales gefes americanos, lejos de suponerlos poseidos de *projectos ambiciosos*, está persuadido de que concluida la grande empresa que tienen entre manos, en la que solo se han propuesto la felicidad pública, no hallarian embarazo en resignar sus destinos, haciendo que la nacion elija los mas idóneos, y retirándose al seno de sus casas entre las bendiciones de sus conciudadanos, á disfrutar la felicidad de que han sido autores. No siendo útil el plan para pacificar el reino, no obstante la autoridad de la suprema junta para hacerlo adoptar á unos hombres que se ha visto resistir con las armas á la soberanía reconocida por ellos mismos, cuando se ha opuesto á sus caprichos, hagamos otras preguntas. ¿Puesto en ejecucion ese plan y retirados de la insurreccion los primeros gefes de ella, *terminarian las diferencias, ó se precipitaria el reino en una anarquía mas espantosa que la guerra?* † ¿Visto á buena luz, se lograrán con él las pretensiones de la nacion, ó solo es un fantasma de libertad que alucina? ¿Los americanos quedarian contentos con que se pusiese al frente del gobierno un Ve-

† Esta cuestion es demasiado importante. El Dr. Cós, autor de este papel que firmó Liceaga, tenia un anteojo político demasiado graduado y previsor. Era hombre de estado.

negas, un Calleja y otros gachupines que por inicuos, sanguinarios y opresores, se han hecho objeto del odio público? ¿Se darían por satisfechos de todos sus desvelos con volverse á su antiguo estado, olvidándose de la libertad por que tanto anhelaban? ¿Cuál seria en este caso la suerte de los empleados americanos, especialmente de los individuos que componen la suprema junta? ¿Cuál será la representacion que tengan los europeos en el congreso, que no degeneren en despotismo? Teniendo estos intervencion en todos los ramos de administracion pública, ¿en qué manos residiria la fuerza armada para mantener el equilibrio? El constituir á Venegas al frente del gobierno, en el primer empleo del reino, en el poder ejecutivo, es mas que sancionar el despotismo y premiar con honor sus execrables crímenes. Despues que se han visto quebrantados los juramentos, hollados los derechos mas sagrados de la religion y del hombre en la presente guerra, ¿quién garantizará los tratados, faltando en ambos partidos la debida imparcialidad? ¿No seria preciso ocurrir á una nacion estrangera? (¿Y por qué no se ha echado mano para el efecto de la Inglaterra en los términos que se habia hablado en las cortes?) ¿No nos da esto bastante motivo para sospechar que en esta propuesta no esperada, sugerida sin duda de necesidad urgentísima, se ocultan miras de profunda política, y un misterio, que aunque no penetramos por ahora, se entrevé confusamente ser favorable á nuestro sistema? Veamos ahora el asunto por otro lado, sin dejar este estilo. Establecido el plan, ¿se acabará la guerra de América? ¿No se derramará la sangre de los criollos? ¿No tenemos anglo-americanos con quienes combatir?.... † Los gachupines así como han puesto gri-

† El Dr. Cós se equivoca atribuyendo las desazones que podrian venir si despreciáramos los auxilios que supuso ofrecian en cambio de sus pretensiones. No hubo nada de esto, como hemos visto. Tenemos otro germen de discordias muy funestas para lo sucesivo, por el tratado de la cesion ó venta de las Floridas que hizo Fernando VII á los Estados-Unidos por el tratado firmado en Washington en 22 de febrero de 1819, ratificado en Madrid en 24 de octubre de 1820 con la licencia y bajo la autoridad de las cortes españolas; tratado por el cual cede en pleno dominio y soberanía todos los territorios que le pertenecian al Este del Mississipi, como